

## **LAS PERLAS DE SAN JUAN PABLO II**

<b>1. CARTA ENCÍCLICA REDEMPTORIS MATER .....</b>	<b>2</b>
<b>2. CARTA APOSTÓLICA ROSARIUM VIRGINIS MARIAE.....</b>	<b>10</b>
<b>3. LA CONSAGRACIÓN DE SAN JUAN PABLO II .....</b>	<b>12</b>
<b>4. HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN FÁTIMA 13 DE MAYO DE 1982 .....</b>	<b>14</b>
<b>5. HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN LA BEATIFICACIÓN DE LOS VENERABLES JACINTA Y FRANCISCO, PASTORCILLOS DE FÁTIMA .....</b>	<b>19</b>

## 1. CARTA ENCÍCLICA REDEMPTORIS MATER

---

Deseo iniciar también mi reflexión sobre el significado que **María** tiene en el misterio de Cristo y **sobre su presencia activa y ejemplar en la vida de la Iglesia.**

**La Encarnación encuentra unidos indisolublemente a Cristo y a María:** al que es su Señor y su Cabeza y a la que, pronunciando el primer fiat de la Nueva Alianza, prefigura su condición de esposa y madre.

La Iglesia, confortada por la presencia de Cristo (cf. Mt 28, 20), camina en el tiempo hacia la consumación de los siglos y va al encuentro del Señor que llega.

Si los años que se acercan a la conclusión del segundo Milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la “noche” de la espera de Adviento, comenzó a resplandecer como una verdadera “estrella de la mañana” (Stella matutina). En efecto, **igual que esta estrella junto con la “aurora” precede la salida del sol, así María desde su concepción inmaculada ha precedido la venida del Salvador, la salida del “sol de justicia” en la historia del género humano.**

**María, como Madre de Cristo, está unida de modo particular a la Iglesia,** “que el Señor constituyó como su Cuerpo”.<sup>11</sup> El texto conciliar acerca significativamente esta verdad sobre la Iglesia como cuerpo de Cristo (según la enseñanza de las Cartas paulinas) a la verdad de que el Hijo de Dios “por obra del Espíritu Santo nació de María Virgen”. **La realidad de la Encarnación encuentra casi su prolongación en el misterio de la Iglesia-cuerpo de Cristo.** Y no puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo encarnado.

**Al mismo tiempo, sin embargo, en este cumplimiento escatológico no deja de ser la “Estrella del mar”** (Maris Stella) <sup>16</sup> para todos los que aún siguen el camino de la fe. Si alzan los ojos hacia ella en los diversos lugares de la existencia terrena lo hacen porque ella “dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (cf. Rom 8, 29)”,<sup>17</sup> y también porque a la “generación y educación” de estos hermanos y hermanas “coopera con amor

materno”.

Cuando leemos que el mensajero dice a **María “llena de gracia”**, el contexto evangélico, en el que confluyen revelaciones y promesas antiguas, nos da a entender que se trata de una **bendición singular entre todas las “bendiciones espirituales en Cristo”**.

Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la **destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única**.

**María** es “Madre de Dios Hijo y, por tanto, la hija predilecta del Padre y el sagrario del Espíritu Santo; con un don de gracia tan eximia, **antecede con mucho a todas las criaturas celestiales y terrenas”**.

Viene al mundo un Hijo, el **“linaje de la mujer”** que derrotará el mal del pecado en su misma raíz: **“aplastará la cabeza de la serpiente”**. Como resulta de las palabras del protoevangelio, la victoria del Hijo de la mujer no sucederá sin una dura lucha, que penetrará toda la historia humana. “La enemistad”, anunciada al comienzo, es confirmada en el Apocalipsis, libro de las realidades últimas de la Iglesia y del mundo, donde vuelve de nuevo la señal de la “mujer”, esta vez “vestida del sol” (Ap 12, 1).

María, **Madre del Verbo encarnado, está situada en el centro mismo de aquella “enemistad”**, de aquella lucha que acompaña la historia de la humanidad en la tierra y la historia misma de la salvación. **María sigue siendo una señal de esperanza segura**.

**En la Anunciación María se ha abandonado en Dios completamente, manifestando “la obediencia de la fe”**.

... **He aquí que vengo... a hacer, oh Dios, tu voluntad”** (Hb 10, 5-7). El misterio de la Encarnación se ha realizado en el momento en el cual María ha pronunciado su fiat: “hágase en mí según tu palabra”, haciendo posible, en cuanto concernía a ella según el designio divino, el cumplimiento del deseo de su Hijo. **María ha pronunciado este fiat por medio de la fe**. Por medio de la fe se confió a Dios sin reservas.

**María de Nazaret se presenta en el umbral de la casa de Isabel y Zacarías**

**como Madre del Hijo de Dios.**

Por lo tanto, **la fe de María puede parangonarse también a la de Abraham**, llamado por el Apóstol “nuestro padre en la fe” (cf. Rom 4, 12). En la economía salvífica de la revelación divina la fe de Abraham constituye el comienzo de la Antigua Alianza; **la fe de María en la anunciación da comienzo a la Nueva Alianza.**

Sin embargo **las palabras de Isabel “Feliz la que ha creído” no se aplican únicamente a aquel momento** concreto de la anunciación. Ciertamente la anunciación representa el momento culminante de la fe de María a la espera de Cristo, pero es además el **punto de partida, de donde inicia todo su “camino hacia Dios”.**

**Creer quiere decir “abandonarse”** en la verdad misma de la palabra del Dios viviente.

La Madre de aquel Hijo, por consiguiente, recordando cuanto le ha sido dicho en la anunciación y en los acontecimientos sucesivos, lleva consigo **la radical “novedad” de la fe: el inicio de la Nueva Alianza. Esto es el comienzo del Evangelio.**

**María “mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la Cruz”.**

**A los pies de la Cruz María participa por medio de la fe en el desconcertante misterio de este despojamiento.** Es ésta tal vez la más profunda “kénosis” de la fe en la historia de la humanidad. **Por medio de la fe la Madre participa en la muerte del Hijo, en su muerte redentora.**

Así enseñan los Padres de la Iglesia y, de modo especial, San Ireneo, citado por la Constitución Lumen gentium: **“El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe”.**

**“La muerte vino por Eva, por María la vida”.**

**Jesús enseña precisamente este nuevo sentido de la maternidad.**

**“Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”** (cf. Lc 11, 28). **Quiere quitar la atención de la maternidad entendida sólo como un**

**vínculo de la carne, para orientarla hacia aquel misterioso vínculo del espíritu.**

**Estas expresiones** parecen estar en la línea de lo que Jesús, a la edad de doce años, respondió a María y a José, al ser encontrado después de tres días en el templo de Jerusalén.

María es digna de bendición por el hecho de haber sido para Jesús Madre según la carne (“¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!”), **pero también y sobre todo porque ya en el instante de la anunciación ha acogido la palabra de Dios, porque ha creído, porque fue obediente a Dios, porque “guardaba” la palabra y “la conservaba cuidadosamente en su corazón”** (cf. Lc 1, 38.45; 2, 19. 51).

**Aquella mujer anónima ha sido la primera en confirmar inconscientemente aquel versículo profético del Magnificat de María y dar comienzo al Magnificat de los siglos.**

**María madre se convertía así, en cierto sentido, en la primera “discípula” de su Hijo, la primera a la cual parecía decir: “Sígueme”** antes aún de dirigir esa llamada a los apóstoles o a cualquier otra persona.

“¿Qué tengo yo contigo, **mujer**? Todavía no ha llegado mi hora”

**Caná manifiesta la nueva maternidad según el espíritu y no únicamente según la carne**, o sea la solicitud de María por los hombres, el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades.

**María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone “en medio”, o sea hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre**, consciente de que como tal puede —más bien “tiene el derecho de” — hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. **Su mediación, por lo tanto, tiene un carácter de intercesión: María “intercede” por los hombres.** No sólo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, **a liberar al hombre del mal** que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida.

**Jesús da comienzo a “su hora”. En Caná María aparece como la que cree en Jesús; su fe provoca la primera “señal” y contribuye a suscitar la fe de los**

**discípulos.**

**“Hay un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también”** (1 Tm 2, 5). Esta función materna brota, según el beneplácito de Dios, “de la superabundancia de los méritos de Cristo... de ella depende totalmente y de la misma saca toda su virtud”.<sup>44</sup> Y precisamente en este sentido el hecho **de Caná de Galilea, nos ofrece como una predicción de la mediación de María, orientada plenamente hacia Cristo** y encaminada a la revelación de su poder salvífico.

Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: **Mujer, ahí tienes a tu hijo**".

Jesús ponía en **evidencia un nuevo vínculo entre Madre e Hijo.**

Nos encontramos así en el centro mismo del cumplimiento de la promesa, contenida en el protoevangelio: el **“linaje de la mujer pisará la cabeza de la serpiente”** (cf. Gén 3, 15). Jesucristo, en efecto, con su muerte redentora vence el mal del pecado y de la muerte en sus mismas raíces. Es significativo que, al dirigirse a la madre desde lo alto de la Cruz, la llame “mujer” y le diga: **“Mujer, ahí tienes a tu hijo”**. **Con la misma palabra, por otra parte, se había dirigido a ella en Caná.**

Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la Cruz **significan que la maternidad de su madre encuentra una “nueva” continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia.**

Según el eterno designio de la Providencia la maternidad divina de María debe derramarse sobre la Iglesia, como indican algunas afirmaciones de la Tradición para las cuales **la “maternidad” de María respecto de la Iglesia es el reflejo y la prolongación de su maternidad respecto del Hijo de Dios.**

**También en la Iglesia sigue siendo una presencia materna, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz:** “Mujer, ahí tienes a tu hijo” ; “Ahí tienes a tu madre”.

El camino de fe de María, a la que vemos orando en el cenáculo, es por lo tanto “más largo” que el de los demás reunidos allí: **María les “precede”, “marcha delante de” ellos.**

**María, estaba en el cenáculo, donde los apóstoles se preparaban a asumir esta**

misión con la venida del Espíritu de la Verdad: **estaba con ellos. En medio de ellos María “perseveraba en la oración”** como “madre de Jesús” (Hch 1, 13-14), o sea de Cristo crucificado y resucitado.

**La Iglesia, por tanto, desde el primer momento, “miró” a María, a través de Jesús, como “miró” a Jesús a través de María. Ella fue para la Iglesia de entonces y de siempre un testigo singular de los años de la infancia de Jesús y de su vida oculta en Nazaret, cuando “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”** (Lc 2, 19; cf. Lc 2, 51).

**Ni siquiera bajo la Cruz había disminuido la fe de María. Ella también, como Abraham, había sido la que “esperando contra toda esperanza, creyó”** (Rom 4, 18).

**Y precisamente esta participación viva de la fe de María decide su presencia especial en la peregrinación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios en la tierra.**

**La Virgen Madre está constantemente presente** en este camino de fe del Pueblo de Dios hacia la luz. Lo demuestra de modo especial el cántico del **Magnificat**.

**María está profundamente impregnada del espíritu de los “pobres de Yahvé”**, que en la oración de los Salmos esperaban de Dios su salvación, poniendo en El toda su confianza (cf. Sal 25; 31; 35; 55). En cambio, ella proclama la venida del misterio de la salvación, la venida del “Mesías de los pobres” (cf. Is 11, 4; 61, 1). La Iglesia, acudiendo al corazón de María, a la profundidad de su fe, expresada en las palabras del Magnificat, renueva cada vez mejor en sí la conciencia de que no se puede separar la verdad sobre Dios que salva, sobre Dios que es fuente de todo don, de la manifestación de **su amor preferencial por los pobres y los humildes**, que, cantado en el Magnificat, se encuentra luego expresado en las palabras y obras de Jesús.

La Iglesia sabe y enseña con San Pablo que **uno solo es nuestro mediador: “Hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también, que se entregó a sí mismo como rescate por todos”** (1 Tm 2, 5-6). **“La misión maternal de María para con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder”**: es mediación en Cristo.

A través de esta colaboración en la obra del Hijo Redentor, **la maternidad**

**misma de María conocía una transformación singular**, colmándose cada vez más de **“ardiente caridad”** hacia todos aquellos a quienes estaba dirigida la **misión de Cristo**. Por medio de esta **“ardiente caridad”**, orientada a realizar en unión con Cristo la restauración de la **“vida sobrenatural de las almas”**,<sup>102</sup> **María entraba de manera muy personal en la única mediación “entre Dios y los hombres”**, que es la mediación del hombre Cristo Jesús.

En el caso de María se trata de una **mediación especial y excepcional**, basada sobre su **“plenitud de gracia”**.

Después de la ascensión del Hijo, **su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos**, la madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo.

De este modo **la maternidad de María perdura incesantemente en la Iglesia como mediación intercesora**, y la Iglesia expresa su fe en esta verdad invocando a María **“con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora”**.

María, por su mediación subordinada a la del Redentor, **contribuye de manera especial a la unión de la Iglesia peregrina en la tierra con la realidad escatológica y celestial de la comunión de los santos**

En el misterio de la Asunción se expresa la fe de la Iglesia, según la cual **María “está también íntimamente unida” a Cristo** porque, aunque como madre-virgen estaba singularmente unida a él en su primera venida, por su cooperación constante con él lo estará también a la espera de la segunda; **“redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo”**, Ella tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia en la venida definitiva, cuando todos los de Cristo revivirán, y **“el último enemigo en ser destruido será la Muerte”** (1 Co 15, 26).

Por esto **María ha sido la primera entre aquellos que, “sirviendo a Cristo también en los demás, conducen en humildad y paciencia a sus hermanos al Rey, cuyo servicio equivale a reinar”**.

**“Cristo, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y habiendo sido por ello exaltado por el Padre** (cf. Flp 2, 8-9), entró en la gloria de su reino. A Él están sometidas todas las cosas, hasta que Él se someta a Sí mismo y todo lo creado al Padre, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas (cf. 1 Co 15, 27-



28)”. **María, esclava del Señor, forma parte de este Reino del Hijo**

A ejemplo de María, **la Iglesia es la virgen fiel al propio esposo: “también ella es virgen que custodia pura e íntegramente la fe prometida al Esposo.**

**Pero la Iglesia custodia también la fe recibida de Cristo; a ejemplo de María, que guardaba y meditaba en su corazón (cf. Lc 2, 19. 51).**

**Ante esta ejemplaridad, la Iglesia se encuentra con María e intenta asemejarse a ella: “Imitando a la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo.**

**La maternidad de la Iglesia se lleva a cabo no sólo según el modelo y la figura de la Madre de Dios, sino también con su “cooperación”. La Iglesia recibe copiosamente de esta cooperación, es decir de la mediación materna, que es característica de María.**

Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un **profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía.**

**María, presente en la Iglesia como Madre del Redentor, participa maternalmente en aquella “dura batalla contra el poder de las tinieblas” que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. Y por esta identificación suya eclesial con la “mujer vestida de sol” (Ap 12, 1).**

Por consiguiente, la Iglesia, a lo largo de toda su vida, **mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia.**

**La solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen a los cielos, resalta así “la señal grandiosa en el cielo”, de la que habla el Apocalipsis. De este modo queremos cumplir también la exhortación del Concilio, que mira a María como a un “signo de esperanza segura y de consuelo para el pueblo de Dios peregrinante”.**

## 2. CARTA APOSTÓLICA ROSARIUM VIRGINIS MARIAE

**El Rosario**, en efecto, aunque se distingue por su carácter mariano, **es una oración centrada en la cristología**. Recitar el Rosario, en efecto, es en realidad **contemplar con María el rostro de Cristo**

Con él, el pueblo cristiano **aprende de María a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor**. Mediante el Rosario, el creyente **obtiene abundantes gracias**, como recibéndolas de las mismas manos de la Madre del Redentor.

El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad.

Es más urgente que nunca que nuestras comunidades cristianas se conviertan en «auténticas escuelas de oración».

El Rosario ha sido propuesto muchas veces por mis Predecesores y por mí mismo como **oración por la paz**.

El Rosario en las familias cristianas es una **ayuda eficaz para contrastar los efectos desoladores de esta crisis actual**.

« ¡Quien propaga el Rosario se salva! »

**María propone continuamente a los creyentes los 'misterios' de su Hijo, con el deseo de que sean contemplados, para que puedan derramar toda su fuerza salvadora**. Cuando recita el Rosario, la comunidad cristiana está en sintonía con el recuerdo y con la mirada de María.

«**Sin contemplación, el Rosario es un cuerpo sin alma** y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "Cuando oréis, no seáis charlatanes como los paganos, que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad"»

San Luis María Grignon de Montfort: «Como quiera que toda nuestra perfección consiste en el ser conformes, unidos y consagrados a Jesucristo, la más perfecta de la devociones es, sin duda alguna, **la que nos conforma, nos une y nos consagra lo más perfectamente posible a Jesucristo**. Ahora bien, siendo María, de todas las criaturas, la más conforme a Jesucristo, se sigue que, de todas

las devociones, **la que más consagra y conforma un alma a Jesucristo es la devoción a María**, su Santísima Madre, y que **cuanto más consagrada esté un alma a la Santísima Virgen, tanto más lo estará a Jesucristo»**

**Al fin, coronada de gloria** –como aparece en el último misterio glorioso–, María resplandece como Reina de los Ángeles y los Santos, **anticipación y culmen de la condición escatológica del Iglesia.**

El Rosario promueve este ideal, ofreciendo el 'secreto' para abrirse más fácilmente a un conocimiento profundo y comprometido de Cristo. Podríamos llamarlo **el camino de María.**

**Cada misterio del Rosario, bien meditado, ilumina el misterio del hombre.**

Meditar con el Rosario significa **poner nuestros afanes en los corazones misericordiosos de Cristo y de su Madre.**

En el rezo del Rosario es también oportuno hacer una breve **pausa** después de escuchar la Palabra de Dios, **concentrando el espíritu en el contenido de un determinado misterio.**

**«Rosario bendito de María, cadena dulce que nos unes con Dios».**

**La familia que reza unida, permanece unida. La familia que reza unida el Rosario reproduce un poco el clima de la casa de Nazaret: Jesús está en el centro, se comparten con él alegrías y dolores, se ponen en sus manos las necesidades y proyectos, se obtienen de él la esperanza y la fuerza para el camino.**

### 3. LA CONSAGRACIÓN DE SAN JUAN PABLO II

“Madre de los hombres y de los pueblos, Tú conoces todos sus sufrimientos y sus esperanzas, Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, **entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo**, acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo, y, **al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo especial**. Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana a la que, con todo afecto a ti, Madre, confiamos. **Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza**”.<sup>3</sup>

“Y por eso, oh Madre de los hombres y de los pueblos, Tú que conoces todos sus sufrimientos y esperanzas, tú que sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que invaden el mundo contemporáneo, acoge nuestro grito que, movidos por el Espíritu Santo, elevamos directamente a tu corazón: **abraza con amor de Madre** y de Sierva del Señor a este mundo humano nuestro, que te confiamos y consagramos, **llenos de inquietud por la suerte terrena y eterna de los hombres y de los pueblos**.

De modo especial confiamos y consagramos a aquellos hombres y aquellas naciones, que tienen necesidad particular de esta entrega y de esta consagración.

¡“Nos acogemos a tu protección, Santa Madre de Dios”!

**¡No deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades!”.**

“He aquí que, encontrándonos hoy ante ti, Madre de Cristo, ante tu Corazón Inmaculado, deseamos, junto con toda la Iglesia, unirnos a la consagración que, por amor nuestro, tu Hijo hizo de sí mismo al Padre cuando dijo: “Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados en la verdad” (Jn 17, 19). Queremos unirnos a nuestro Redentor en esta consagración por el mundo y por los hombres, la cual, **en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y de procurar la reparación**.

El poder de esta consagración dura por siempre, abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de sembrar en el corazón del hombre y en su historia; y que, de hecho, ha sembrado en nuestro tiempo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en unión con Cristo mismo! En efecto, **la obra redentora de Cristo debe ser participada**

## **por el mundo a través de la Iglesia.**

En este Año Santo, bendita seas por encima de todas las creaturas, tú, Sierva del Señor, que de la manera más plena obedeciste a la llamada divina.

Te saludamos a ti, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia: ilumina al Pueblo de Dios en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad. Ilumina especialmente a los pueblos de los que tú esperas nuestra consagración y nuestro ofrecimiento. Ayúdanos a vivir en la verdad de la consagración de Cristo por toda la familia humana del mundo actual.

Al encomendarte, oh Madre, el mundo, todos los hombres y pueblos, te confiamos también la misma consagración del mundo, poniéndola en tu corazón maternal.

¡Corazón Inmaculado! Ayúdanos a vencer la amenaza del mal, que tan fácilmente se arraiga en los corazones de los hombres de hoy y que con sus efectos inconmensurables pesa ya sobre la vida presente y da la impresión de cerrar el camino hacia el futuro.

¡Del hambre y de la guerra, líbranos!

¡De la guerra nuclear, **de una autodestrucción incalculable** y de todo tipo de guerra, **líbranos!**

¡De los pecados contra la vida del hombre desde su primer instante, líbranos!

¡Del odio y del envilecimiento de la dignidad de los hijos de Dios, líbranos!

¡De toda clase de injusticias en la vida social, nacional e internacional, líbranos!

¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, líbranos!

¡**De la tentativa de ofuscar en los corazones humanos la verdad misma de Dios, líbranos!**

¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, líbranos!

¡De los pecados contra el Espíritu Santo, líbranos!, ¡líbranos!

Acoge, oh Madre de Cristo, este grito lleno de sufrimiento de todos los hombres.

Lleno del sufrimiento de sociedades enteras.

Ayúdanos con el poder del Espíritu Santo a vencer todo pecado, el pecado del hombre y el “pecado del mundo”, el pecado en todas sus manifestaciones.

Aparezca, una vez más, en la historia del mundo el infinito poder salvador de la Redención: poder del Amor misericordioso. Que éste detenga el mal. Que transforme las conciencias. **Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz de la Esperanza».**<sup>4</sup>

#### 4. HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN FÁTIMA 13 DE MAYO DE 1982

---

1. "Y a partir de aquel momento, el discípulo la recibió en su casa" (Jn,19- 27)

Al dejar este mundo, Cristo dio a Su Madre un hombre que fuese para Ella como un hijo: Juan. A Ella lo confió. Y, en consecuencia de esta donación y de este acto de entrega, María se tornó madre de Juan. **La Madre de Dios se tornó Madre del hombre.**

2. "La recibió en su casa" - esta frase significa, literalmente, en su habitación.

Una manifestación particular de la maternidad de María en relación a los hombres, son **los lugares en que Ella se encuentra con ellos; las casas donde Ella habita; casas donde se siente una presencia toda particular de la Madre.**

Estos lugares y estas casas son numerosísimos y de una gran variedad: desde los oratorios en las casas y los nichos a lo largo de los caminos, donde sobresale luminosa la imagen de la Santa Madre de Dios, hasta las capillas y las iglesias construidas en Su honra. Hay sin embargo, algunos lugares, en los cuales **los hombres sienten particularmente viva la presencia de la Madre.** No raro, estos sitios irradian ampliamente su luz y atraen a sí personas de lejos. Su círculo de irradiación puede extenderse al ámbito de una diócesis, a una nación entera, a veces a varios países y hasta los diversos continentes. Estos lugares **son los**

## **Santuarios Marianos.**

En todos ellos se realiza de manera admirable aquel testamento singular del Señor Crucificado: allí **el hombre se siente entregado y confiado a María** y viene para estar con Ella, como se está con la propia Madre. Le abre su corazón y le habla de todo: "La recibe en su casa", dentro de todos sus problemas, a veces difíciles. Problemas propios y de otros. Problemas de las familias, de las sociedades, de las naciones, de la humanidad entera.

Parece que también allá, como en tantos otros **santuarios marianos esparcidos por el mundo**, con una fuerza de autenticidad particular, resuenan estas palabras de la Liturgia del día de hoy: "**Tu eres la honra de nuestro pueblo**" (Judit, 15-10).

En base a este canto de alabanza, que **la Iglesia entona con alegría, aquí como en tantos lugares de la tierra, está la incomparable elección de una hija del género humano para ser Madre de Dios.**

Y por eso sea sobre todo adorado Dios: Padre, Hijo, y Espíritu Santo.

Sea bendita y venerada María, prototipo de la Iglesia, **como "habitación de la Santísima Trinidad"**.

5. A partir de aquel momento en que Jesús, al morir en la Cruz, dijo a Juan: "He aquí a tu Madre", y a partir del momento en que el discípulo "La recibió en su casa", el misterio de la maternidad espiritual de María tuvo su realización en la historia con una amplitud sin límites. **Maternidad quiere decir solicitud por la vida del hijo.** Ora sí, María es madre de todos los hombres, su desvelo por la vida del hombre se reviste de un alcance universal. La dedicación de cualquier madre abarca al hombre todo. La maternidad de María tiene su inicio en los cuidados maternos con Cristo.

6. La Iglesia enseñó siempre, y continúa en proclamar, que la revelación de Dios fue llevada a la consumación en Jesucristo, que es la plenitud de la misma, y que **"no se ha de esperar ninguna otra revelación pública, antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo"** (Dei Verbum, 4). La misma Iglesia aprecia y juzga las revelaciones privadas según el criterio de su conformidad con aquella única Revelación pública.

**Así, si la Iglesia aceptó el mensaje de Fátima, es sobre todo porque contiene una verdad y un llamado que, en su contenido fundamental, son la verdad y**

## **el llamado del propio Evangelio.**

"Convertíos (haced penitencia), y creed en la Buena Nueva (Mc. 1-15): son estas las primeras palabras del Mesías dirigidas a la humanidad. Y el mensaje de Fátima, en su núcleo fundamental, es el **llamado a la conversión y a la penitencia**, como en el Evangelio. Este llamado fue hecho en los inicios del siglo veinte y, por lo tanto, fue dirigido, de un modo particular a este mismo siglo. La Señora del mensaje parecía leer, con una perspicacia especial, las "señales de los tiempos", las señales de nuestro tiempo.

El llamado a la penitencia es un llamado maternal; y, al mismo tiempo, es enérgico y hecho con decisión. **La caridad que "se congratula con la verdad"** (1Cor 13- 6) sabe ser clara y firme. El llamado a la **penitencia**, como siempre anda **unido al llamado a la oración**. En conformidad con la tradición de muchos siglos, la Señora del mensaje de Fátima, indica el Rosario que bien se puede definir "la oración de María": la oración en la cual Ella se siente particularmente unida con nosotros. Ella misma reza con nosotros. **Con esta oración del Rosario** se abarcan los problemas de la Iglesia, de la Sede de Pedro, **los problemas del mundo entero**. Además de esto, se recuerdan a los pecadores, para que se conviertan y se salven, y las almas del Purgatorio.

En verdad, la salvación eterna del hombre solamente en Dios se encuentra. El rechazo de Dios por parte del hombre puede tornarse definitivo, lógicamente **conduce al rechazo del hombre por parte de Dios** (Cfr. Mat. 7- 23; 10- 33), a la condena.

¿Podrá la Madre, que desea la salvación de todos los hombres, con toda la fuerza de su amor que alimenta en el Espíritu Santo, **podrá Ella quedarse callada acerca de aquello que mina las propias bases de esta salvación? No, no puede!**

Por eso, el mensaje de Nuestra Señora de Fátima, tan maternal, se presenta al mismo tiempo **tan fuerte y decidido. Hasta parece severo**. Es como si hablase Juan Bautista en las márgenes del río Jordán. **Exhorta a la penitencia. Advierte. Llama a la oración. Recomienda el Rosario.**

**Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María**, significa aproximarnos, mediante la intercesión de la Madre, de la propia Fuente de Vida, nacida en Gólgota. Este Manantial brota ininterrumpidamente, saliendo de él la redención y la gracia. En él se realiza continuamente la reparación por los



pecados del mundo. **Tal Manantial es sin cesar Fuente de vida nueva y de santidad.**

**Consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre significa volver de nuevo junto a la Cruz del Hijo.** Pero quiere decir, además: consagrar este mundo al Corazón traspasado del Salvador, reconduciéndolo a la propia fuente de Redención. La Redención es siempre mayor que el pecado del hombre y que "el pecado del mundo". La fuerza de la Redención supera infinitamente toda especie de mal, que está en el hombre y en el mundo.

**9. Consagrarse a María Santísima significa recurrir a su auxilio** y ofrecernos a nosotros mismos y ofrecer la humanidad a Aquel que es Santo, infinitamente Santo; valerse de su auxilio - recurriendo a su Corazón de Madre abierto junto a la Cruz al amor para con todos los hombres y para con el mundo entero - para ofrecer el mundo, y el hombre, y la humanidad, y todas las naciones, a Aquel que es infinitamente Santo. La santidad de Dios se manifestó en la redención del hombre, del mundo, de la humanidad entera y de las naciones: redención esta que se realizó mediante el sacrificio de la Cruz. "Por ellos, Yo me consagro a Mí mismo", había dicho Jesús" (Io. 17, 19).

El sucesor de Pedro se presenta aquí también como testimonio de los inmensos sufrimientos del hombre, **como testimonio de las amenazas casi apocalípticas, que pesan sobre las naciones y sobre la humanidad.** Y busca abrazar estos sufrimientos con su débil corazón humano, al mismo tiempo que se pone bien delante del misterio del Corazón: del Corazón de la Madre, del Corazón Inmaculado de María.

Así, si por un lado el corazón se oprime, por el sentido del pecado del mundo, como resultado de la serie de amenazas que aumentan en el mundo, por otro lado, el mismo corazón humano se siente dilatar con la esperanza, al poner en práctica una vez más aquello que mis Predecesores ya hicieron: entregar y **confiar el mundo al Corazón de la Madre**, confiarle especialmente aquellos pueblos, que, de modo particular, tengan necesidad de ello. Este acto equivale a entregar y a confiar el mundo a Aquel que es Santidad infinita. **Esta Santidad significa redención, significa amor más fuerte que el mal. Jamás algún "pecado del mundo" podrá superar este Amor.**

Una vez más. Efectivamente, el llamado de María no es para una sola vez. Él continúa abierto para las generaciones que se renuevan, para ser correspondido de acuerdo con **las "señales de los tiempos" siempre nuevas.** A Él se debe

volver incesantemente. Hay que retomarlos siempre de nuevo.

**El Pueblo de Dios es peregrino por los caminos de este mundo en dirección escatológica.** Está en peregrinación para la eterna Jerusalén, para la "morada de Dios entre los hombres".

Allá, donde Dios "ha de secarles todas las lágrimas de los ojos; la muerte dejará de existir, y no habrá más luto, ni clamor, ni fatiga. Lo que había anteriormente desapareció" (Cfr. Apoc. 21-4).

Por eso, miremos para "Aquel que está sentado en el trono" que dice: "**Voy a renovar todas las cosas**" (Cfr. Ibid. 21, 5).

Y juntamente con el Evangelista y Apóstol, **busquemos ver con los ojos de la fe "el nuevo cielo y la nueva tierra", porque el "primer cielo y la primera tierra" ya pasaron...**

Entre tanto, hasta ahora, "el primer cielo y la primera tierra" continúan, estando siempre a nuestro alrededor y dentro de nosotros. No podemos ignorarlo. Eso nos permite, sin embargo, reconocer qué gracia inmensa fue concedida al hombre cuando en medio de este peregrinar, en el horizonte de la fe de nuestros tiempos, se encendió esa "Señal grandiosa: una Mujer"!

Sí, verdaderamente podemos repetir: "Bendita seas, hija, por el Dios altísimo, más que todas las mujeres sobre la Tierra!

... Procediendo con rectitud, en la presencia de nuestro Dios,

... Aliviaste nuestro abatimiento".

Verdaderamente, Bendita sois Vos!

Sí, aquí y en toda la Iglesia, en el corazón de cada uno de los hombres y en el mundo entero: sea bendita ¡oh María, nuestra Madre dulcísima!

## 5. HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II EN LA BEATIFICACIÓN DE LOS VENERABLES JACINTA Y FRANCISCO, PASTORCILLOS DE FÁTIMA

---

**Por designio divino, "una mujer vestida del sol" (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre.** Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona -explican ellos- se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: "Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo". Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: "Yo estaré contigo" (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en "zarza ardiente" del Altísimo.

1. Lo que más impresionaba y absorbía al beato Francisco era Dios en **esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres.** Además sólo a él Dios se dio a conocer "muy triste", como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: "Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él". Vive movido por el único deseo -que expresa muy bien el modo de pensar de los niños- de "consolar y dar alegría a Jesús".

2. **"Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón" (Ap 12, 3).** Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

**¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio!** Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulag, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad **para que no siga el juego del "dragón"**, que, con su "cola", arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Con su solicitud materna, **la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que "no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido"**. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: "Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas".

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Col 1, 24). El domingo pasado, en el Coliseo de Roma, conmemoramos a numerosos testigos de la fe del siglo XX, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, **donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos**, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.